

Santa Anna, ya por la posición del terreno, ya por el corto número de los enemigos, ya por la incapacidad que se les diera auxilio á estos, porque el mismo camino impedía todo pronto socorro, y ya por el aliento que hubieran cobrado nuestros soldados.

Responde S. E. á este cargo lo mismo que al anterior: “Que él se propuso defender nada mas la capital,” y la consecuencia fué que dejara entrar impávidos y orgullosos á los invasores en el referido Tlalpam. La toma de este pueblo fué para ellos como un verdadero triunfo que les proporcionaba cuarteles, hospitales, amplias y cómodas casas, abundancia de frutas, pastos y aguas, reses y granos de las haciendas inmediatas, descanso para su gente, lugares propios para los carros, y sobre todo, la inmediación á México, á la que flanquearian dejando olvidados los fortines del Peñon y Mexicalcingo que defendían el frente ó la banda oriental. No habia mas óbice que los parapetos de la hacienda de San Antonio que podían ser esquivados, pasándose las tropas á ocupar los pueblos de San Angel, Coyoacan, Miscoac, Tacubaya, &c., y atacar á México como luego lo hicieron por el rumbo de Occidente.

Aquí toca volver á tratar de la especie de la carretela de que hice referencia en mi acusación, y por lo que me supone un *cándido* en haberme alarmado, figurándome que de intento se pusieron á hablar los que iban en ella con el gefe que venia á la vanguardia de los americanos.

Será en efecto una candidez, ó nimia preocupacion; pero como á los hombres no les es permitido desprenderse de las ideas que inculcan las apariencias públicas, seame lícito decir las que aquí mediaron para que se decida si en efecto á cualesquiera otro le hubiera acontecido lo mismo que pasó por mí.

Primera circunstancia:—La de haber sido esa carretela del *general Scott*, es decir, *del mismo que nos atacaba*. Segunda.—La de *haberse quedado sola* en el pueblo cuando todos los carruajes se habian marchado por diferentes direcciones, huyendo de los americanos. Tercera.—*Haber pretendido salirles al encuentro* (lo que no consiguió por estar descompuesto el camino por donde quiso ir), y haberse vuelto en consecuencia á esperar en la esquina de la plaza. Cuarta.—*Salirles á su llegada* cuando ya venian por el costado de la parroquia y pararse buenamente como lo vimos á la distancia de ciento cincuenta ó doscientas varas.

Ahora pertenece á mi vez preguntar al Sr. Santa-Anna.

¿Podrá creerse buenamente lo que dice S. E. que *solo por un efecto de curiosidad y ver la entrada*, se quedó únicamente aquel carruaje en la población? Podrá tambien persuadirse uno que el tiempo que estuvieron hablando con los americanos, fué porque les preguntaban dónde vivia el alcalde, cuando á poca distancia lo tenían, con un pequeño grupo del vecindario, al mismo que puse por testigo de aquella conversacion y el tiempo que duraron? S. E. no niega la anécdota y solo varía en las causas que la motiva-

ron. Saber la verdad es imposible, y así cada cual calificará segun la mas ó menos fuerza que le den los incidentes referidos.

Yo no conozco al jóven hermano político del Sr. Santa-Anna, y ni sé si es poco á propósito para desempeñar una comision delicada, como asegura S. E.; pero hay tan diferentes clases de encargos en la vida, que no es preciso poner al conocimiento de ellos á los que sean sus conductores, quienes quedarian tan inocentes como antes.

BATALLA DE PADIERNA.

Posesionado el general Scott de la ciudad de Tlalpam, no tenia mas que dos arbitrios para acercarse y asediar la capital: el uno forzar el punto de San Antonio, lo cual no le hubiera sido muy fácil si no era perdiendo de tres á cuatro mil hombres, ó rodear por la Peña Pobre á salir al camino de Contreras, y de allí podia muy bien aun sin haber atacado á Churubusco y Chapultepec, cargar todas sus fuerzas que estaban íntegras sobre las garitas de Vallejo y albarrada de San Cosme.

El general Valencia conoció en mi concepto, que la llave de todas estas entradas era la salida del Pedregal y paso del arroyo de la Magdalena, por los mejores senderos que allí hay, que son pertenecientes á los ranchos de Padierna y de Ansaldo.

Enfrente del primero están unas lomas altas nombradas de Peloncoahuatlan que dominan completamente el vado del rio, y que para tomarlas de frente en actitud hostil, habia de costar mucha sangre. Aquí fué donde se colocó el general Valencia, levantando como se pudo en pocos instantes un humilde y reducido parapeto, donde colocó su artillería. Mas adelante en la casa de Padierna, puso algunas de sus tropas que se avanzaban al interior del Pedregal. El total de sus fuerzas no llegaba á cuatro mil hombres.

He referido en mi acusación cuál es la situacion de Ansaldo, donde está el pueblo de San Gerónimo, y cuáles las lomas del Toro y del Olivar de los Carmelitas. Tambien allí he dicho la posición que guardaban el campo del Sr. Valencia, el del Sr. general Santa-Anna y el del enemigo; cómo intentaron pasar estos el rio y cómo se volvieron corriendo, cuando se desprendió una fuerza del Sr. Santa-Anna para irlos á contener; pero que desgraciadamente no tuvo efecto, porque mandó una contraórden S. E., en cuya virtud no habiendo obstáculo que los embarazara, se adelantaron á flanquear por San Gerónimo, encontrándose á la salida de este pueblo con una pequeña fuerza del general Frontera que fué envuelta, muriendo con las armas en la mano, este bizarro mexicano, sin que le fueran á dar auxilio alguno, sin embargo de que á corta distancia estaba el Sr. Santa-Anna con su division, la cual presencié toda la refriega.

Pero á esto responde S. E.: que tenia una barranca intermedia que no podia atravesar; y yo replicándole le diré, que estoy cansado de pasarla á caballo muchas veces, y que la infantería la puede atravesar sin incomodidad alguna, sobre cuya verdad apelo á todos cuantos conocen esos sitios. Mas ni esto era necesario porque el puente estaba de nuestra parte, y por él pudieron muy bien haber ocurrido violentamente al socorro y á apoderarse del pueblo de San Gerónimo que debia servirles infinito á los americanos.

Dije igualmente en mis ampliaciones, que S. E. se contentó con tirar unos seis tiros de cañon y marcharse á pernoctar al pueblo de San Angel, dejando así á los invasores que llevaran adelante su intento de flanquear al Sr. Valencia, quitándole todo auxilio y caerle con todas sus fuerzas que no bajaban de ocho mil hombres, con lo cual seria derrotado sin duda, porque era imposible que resistiese á la fatiga y á un número muy superior de combatientes.

Pasaba esto la tarde del dia 19 de Agosto de 847. Los americanos habian colocado sus inciertas baterías en el portezuelo del cerro de Zacatepec: en el llanete que está en la falda del Sur, estaba la mayor parte de la fuerza, internándose al Pedregal con direccion á Padierna, y como dos mil hombres tomaron la vereda para Ansaldo, de los que avanzaron mas de mil hasta San Gerónimo. En la noche, el mayor número de tropas, tomó por este mismo rumbo, siempre con el fin de cortar y arrojarse sobre el ejército del Sr. Valencia. La division del Sr. Santa-Anna, podria llegar á cerca de cuatro mil hombres de infantería, y como mil de caballería, con lo que es claro que las fuerzas se hubieran nivelado, sin contar con los socorros que de los puntos inmediatos hubieran volado instantaneamente.

Retiróse como he dicho el Sr. Santa-Anna la noche del 19 á San Angel. A la madrugada del 20 atacan el campo nuestro por todas partes, y fué preciso sucumbir, perdiéndose la artillería. La caballería se abrió camino y muchos pelotones de valientes dispersos, se fueron retirando haciendo fuego.

Tal desastre acontecia al alborear de la mañana entre cuatro y media y cinco, y eran dadas las siete cuando volvió á salir el Sr. Santa-Anna para ver lo que habia sucedido, por lo que á poco andar se fueron encontrando los dispersos y se supo la desgracia.

Alega S. E. que se fué á San Angel, porque estaba cerca y no queria que la lluvia imposibilitase las armas, pues los fusiles eran de chispa y los que portaban los americanos eran de piston.

San Angel no está tan inmediato como se figura, porque dista como legua y tres cuartos de aquel teatro: no es cierto tampoco que todos los fusiles americanos fuesen de piston, y apelo para la prueba á todos los que vieron á los soldados enemigos, porque esceptuando uno ó dos cuerpos que los traian, los demas eran de chispa, y casi semejantes á los nuestros.—Ademas, este inconveniente se podia haber salvado de varios modos, y particularmente

con tomar á todo trance posesion del pueblo de San Gerónimo, en cuyas casas é iglesias se hubiera refugiado bien la gente, y con esto quedaria á tiro de fusil del Sr. Valencia y desesperados los americanos porque despues de sufrir toda una noche de inclemencia, no habrian podido poner en práctica sus ya declarados pensamientos.

Prueba tanto esa razon de la diferencia de armas, que los americanos para vencer, no mas deberian haber aguardado á *que lloviese*, seguros de que podrian matar á su gusto, sin que nada les pudieran hacer los fusiles mexicanos.

Dirá S. E. que San Gerónimo estaba ya por los americanos; pero esta es precisamente la falta cometida, porque cuando llegó S. E. aun no estaba ocupado y pudo muy bien haber tomado posesion, bien yendo por la carretera principal ó bien por los senderos conocidos que he sabido le indicaban el Sr. diputado D. José del Rio y el Sr. D. José del Villar, diputado por el Estado de México, los que conocen á palmos aquella tierra por tener en ella sus propiedades.

Alega el Sr. Santa-Anna en su cuaderno, fojas 50, que su ánimo era el que las divisiones de los generales Valencia y Alvarez distrajesen al enemigo por retaguardia, cuando atacase nuestras posiciones fortificadas; y que con profunda indignacion se impuso de que se habia empeñado el primero en resistir y permanecer en las lomas de Contreras.

La instruccion que se dió á los Sres. Alvarez y Valencia fué en 11 de Agosto, cuando se creía que Scott caminaba en derechura y atacaria el Peñon Viejo; pero sabiéndose posteriormente, que se habia pasado á Chalco para dirigirse á Tlalpam debieron variarse, supuesto que al Sr. Valencia se le mandó situar en el pueblo de Coyoacán que queda por rumbo muy diverso del de Texcoco y de la ruta que se le habia designado.

Si es cierto que el Sr. Alvarez tenia orden para atacar por retaguardia y cortar la retirada, ella no aparece pues en el citado oficio de 11 de Agosto dirigido al Sr. Valencia á Texcoco (fojas 147), simplemente se dice: que ya se le habian hecho á aquel general las prevenciones convenientes. Por otra parte en el diario de operaciones que dió el Sr. Alvarez con fecha 25 de Agosto (fojas 174), hablando de lo que hizo el dia 19, asegura que vió desde Tepepa, que está á tiro de cañon de Tlalpam, estarse batiendo en Padierna y Zacatepec, y que por tal razon dió orden á sus brigadas *para que avanzasen porque creyó que era llegado el momento de atacar á toda costa.* ¿Pues por qué no se hizo, qué fué lo que sucedió?... De esto nada se dice y aquí queda concluida la razon del dia....

Otra cosa, señores, hubiera sido si defacto manda el Sr. Santa-Anna expreso que atacasen á Tlalpam. El triunfo hubiera sido seguro y violento, porque no habia fuerzas que le defendieran: los carros estaban esparcidos en

diferentes parajes; su mulada y la de los trenes desguarnecida, y los carreteros diseminados y sin preparacion. Figúrese, pues, cuál habria sido el botin, estando allí el tesoro, el acopio de víveres y géneros y todos sus medios de transporte. La pérdida hubiera sido tan irremediable, que aunque no dejaran con vida un solo mexicano en Padierna, no podrian haber dado un paso para adelante. Si esta no era la derrota y el fundamento de su rendicion, cualesquiera imparcial calificará lo que sea: luego por todas estas causas es muy presumible de que ellos estaban seguros, con que no se les habia de molestar á su retaguardia, ó su cuartel general.

De este mismo capítulo nacen dos cuestiones, que es de necesidad tocar aunque sea muy vagamente.

Primera.—¿Era de sostenerse el punto de Padierna?

Segunda.—¿Desobedeció criminalmente el Sr. Valencia al Sr. Santa-Anna, y era digno de que por esta causa se dejase entregado á sus propias fuerzas?

Acerca de la primera, me redime contestar mi ninguna inteligencia en el arte militar. Mas á pesar de ello creo que se podrán hacer aquellas reflexiones que sugiere la razon natural, y que confirmó una triste experiencia, cuando ya no habia remedio.

Quedando libre y espedito el camino de Padierna, y el Sr. Valencia en Coyoacán, ¿quién les estorbaba venir cómodamente y por camino carretero hasta los suburbios de la ciudad, dejándose á un lado los parapetos de San Antonio, Churubusco y Mexicalcingo? No seria factible que estos dos últimos puntos tuviesen que ser abandonados, para no ser flanqueados y cogidos por la espalda?

Sucederia, pues, lo que luego se realizó en parte, y presagiaba el Sr. Valencia en las cartas particulares dirigidas á los Sres. Tornel y Santa-Anna, cuyos documentos obran á fojas 59 y 60 del cuaderno á que me voy refiriendo.

En la primera le dice:

San Angel, Agosto 18 de 1847.

“Mi muy estimado amigo: acabo de recibir una órden de nuestro amigo “el Sr. Santa-Anna, para que al amanecer abandone todos estos puntos y marche para Churubusco.—Si tal hiciera, amigo mio, sin hacer las reflexiones que me dicta mi patriotismo, mis escasos conocimientos militares y mi amistad al Sr. Santa Anna, incurriria en una grave falta, y estaria convencido que hacia una traicion á los mas sagrados deberes.

“Por tales razones no he podido menos de hacerle todas las reflexiones que me han parecido justas, haciéndole ver el mal para que varie su providencia, y yo espero ponga vd. en accion todo su influjo para que sean escuchadas con calma y benignidad, pues al contrario, se pierde la República, “nuestro amigo y todos nosotros: ya me parece veo entrar las columnas

“enemigas en San Angel, y que poniéndose á la hora á una legua de retaguardia de nosotros en la Piedad, tenemos que echar á correr en un desorden espantoso para México, por la única calzada que nos queda, que es “la de San Lázaro, y la cual resultará flanqueada tambien por la del Niño “Perdido.”

La otra carta para el Sr. Santa-Anna, está redactada en esta forma: “Mi apreciable amigo y compañero. *Contra mis deseos, contra la conducta que he observado siempre con vd.; pero precisado por un deber de conciencia, como un amigo leal de vd., como mexicano y como general en jefe, cuando ya con los ojos me parece ver la pérdida de este ejército y de mi patria, donde abandonemos un punto, y por él pueda el enemigo, saliendo de su difícil posicion, atacarnos de flanco, y aun envolver la nuestra, pues tal sucederia, si al amanecer encontrase descubierto el de Padierna, ha sido la causa que me ha estimulado á poner la comunicacion que con esta fecha dirijo á vd. por el ministerio de la guerra.”*

Véase, pues, la importancia que se daba á Padierna, y los resultados que se esperaban, si no fuese sostenido, los que se vieron casi realizados en la mañana del 20. De este sentir fueron muchos respetables generales, á quienes he oido y aun los periódicos de los americanos, de los que cité algunos en la respectiva ampliacion.

El otro punto relativo á su desobediencia, es mas sencillo de resolver.

Habia puesto el Sr. Valencia con fecha 18 de Agosto, un oficio (obra á fojas 153) en que le comunica lo que copio.

“A las once de la mañana tuve noticia se movia el enemigo con direccion “al punto de San Antonio, como tuve el honor de participarlo al Exmo. Sr. presidente; mas á poco rato mis guerrillas se comenzaron á tirotear con el “espresado enemigo, quien tambien destinó una fuerza de 200 caballos, mil “infantes y dos piezas para hacer el reconocimiento de la posicion que ocupaba este ejército en Padierna; mas habiéndoles matado un hombre y un “caballo á nuestra vista en el cerro de Zacatepec, la caballería se abrigó á la “falda de dicho cerro y la infantería volvió á Peña Pobre. Puedo asegurar “á V. E. que despues de los trabajos que han dado lugar tanto en las veredas “como en el campo atrincherado, que he levantado en Padierna, creo muy “difícil logren su intento &c.”

A este oficio habia precedido otro en que le decia: “General en jefe (fojas “152). Exmo. Sr.—Ahora que son las cinco de la tarde, he recibido la comunicacion de V. E., en que se sirve prevenirme de órden del Exmo. Sr. presidente, emprenda la marcha al amanecer de mañana para Coyoacán, en “donde permaneceré con este ejército, adelantando la artillería al puente de “Churubusco y á su fortificacion. Desearia yo, señor Exmo., dar contestacion á esta órden como lo hecho á las demas; pero por desgracia me es im-

“posible, en razon de que mi conciencia militar y patriótica me hace, con presencia de los sucesos, ver la cosa de un modo que creo la causa nacional va de por medio en el abandono de estas posiciones y del camino que de San Agustin viene á salir á Padierna y á este punto. Para mí es claro como la luz del dia, que el enemigo emprenderá su ataque; si no es mañana, lo será pasado, pero haciéndolo á la vez por dos puntos naturales, cuales son el de San Antonio y Churubusco, y el que defiende el ejército de mi mando: que al uno dará ataque falso, mientras que al otro se hará con todo teson; pero que si encontrara abandonado uno de ellos, al comenzar á moverse suspenderia su movimiento sobre el cubierto, hasta dar lugar á sus fuerzas, á que haciendo una marcha violenta, se pusieran en aptitud de batir por el flanco al que quedaba, y envolver su posicion. De tal modo creo sucederá, si se abandona esta entrada, y el ejército mexicano se verá atacado por su flanco y su frente, á la vez que el enemigo, si no le pareciere obrar así queda el campo libre para acercarse sobre la ciudad impunemente, marchando los que hayan venido por este pueblo en aptitud de dirigirse en seguida para México, ya sea por el camino recto al Niño Perdido ó ya por el de Mixcoac á la Piedad ó Tacubaya. No puede creer V. E. lo sensible que me es el asentar lo espuesto; pero mi doble responsabilidad para con mi patria, y para con mi gobierno así me lo exige, y creeria traicionar en ambos sentidos si yo no lo manifestara en cumplimiento de mi deber y descargo del porvenir.”

¿Qué frase altanera, descomedida ó que incluya insubordinacion se nota en alguna de estas comunicaciones? Es por el contrario, todas ellas respiran respetuosidad, aprecio al Sr. Santa-Anna y puro patriotismo.

¿Y qué fué lo que hubo contestado S. E.? ¿Se opuso acaso á la defensa de Padierna? No, señores, pues en la respuesta del mismo dia (fojas 154), despues de hacer un relato y ligeras observaciones sobre lo que se habia comunicado, termina así el Sr. Alcorta, ministro de la guerra: “Mas sea de esto lo que fuere, el Exmo. Sr. presidente no puede manifestarse indiferente á las razones vertidas por V. E., porque en su patriotismo y conciencia militar, no se considera inferior á los de otro mexicano: por esto, pues, conviene en que V. E. permanezca en la actual posicion que ocupa, supuesto que se ha encontrado con un campo atrincherado en los reconocimientos que hoy ha practicado: y que tiene V. E. todas las probabilidades de obrar, defenderse y cubrir los objetos de su puesto, así como S. E. el presidente, y general en gefe, lo hará por cuantos medios le fuere posible con las fuerzas que tiene á sus inmediaciones &c.”

Querrá disculparse el Sr. Santa-Anna con que esto lo hizo por pura deferencia y contra su voluntad. ¿Mas quién no advierte lo débil del descargo? Si un juez, por meras contemplaciones da una providencia perjudicial con-

su voluntad, esto en vez de salvarle lo acrimina. ¿Cuánta mayor es esa responsabilidad estando de por medio la libertad y la independencia de la patria?

Supóngase por un instante que fué un disparate el proyecto del Sr. Valencia. Mas ya que se habia planteado y consentido en él S. E., ¿se le deberia favorecer, respecto á que de otro modo sucumbiria aquella division, perdiéndose un poderoso apoyo para la comun resistencia?

Entiendo que sí, aunque S. E. el señor Santa-Anna á fojas 52 afirma: “que considerada la conducta del general Valencia, bien merecia que se le abandonara á su destino, tanto para castigar su inobediencia, como para no comprometer otras fuerzas y la suerte de la capital.”

Por lo primero, nunca, señor, por lo segundo convendré, siempre que se me pruebe lo desventajoso de las circunstancias, y esto sin necesidad de que se aleguen casos de historia que dice S. E. existen, y que yo no los recuerdo. Por el contrario, no solo se ha visto en los paises civilizados que se vuela á socorrer al hermano, que con sana intencion, aunque con imprudencia, se ve oprimido por el enemigo, sino que hasta entre los indios llamados bárbaros se han dado ejemplos de esta clase. Traiga á la memoria S. E., que al hacerse la conquista de Arauco por los españoles, se dió una batalla en la que se hallaban los caciques Rengo y Tucapel, enemigos mortales, y que estaban desafiados á muerte. El primero, estando cercado de los españoles, peleaba ya con tal fatiga, que tenia hincada una rodilla. Tucapel llegaba por aquella parte, advierte su abatida actitud y desfallecimiento, vuela á su socorro, destruye á sus contrarios, lo salva y al separarse de él, le vuelve á recordar el desafio.

RETIRADA DE SAN ANTONIO Y BATALLA DE CHURUBUSCO.

Perdióse Padierna y á las once de la mañana estaba viendo el Sr. Santa-Anna por sí mismo, que el vaticinio del Sr. Valencia no era una exageracion de su mente acalorada: las tropas enemigas ya estaban entrando en San Angel y torciendo para Coyoacan. ¿Por qué S. E. que queria que allí se colocara el Sr. Valencia, y resistiese, no hizo lo mismo, ya no con el objeto de defender el pueblo á toda costa, sino para favorecer la retirada de San Antonio, haciéndose con el orden debido?

Los mandatos de retirada se dieron con tal precipitacion y con tal exigencia, que todo se convirtió en desorden y confusion, sirviendo esto de ludibrio á los ojos del enemigo que marchaba por el otro camino con direccion á Churubusco.

Se abandonó la fortificacion, y en ella algunos artículos de guerra, pero mas que todo fué vituperable que se hubiesen dejado abandonados antes de entrar á Churubusco, cerca de treinta carros con muchas mulas, cajas de parque, cañones y otras varias cosas, sin mas motivo que el de haberse atascado un car-

ro, y no darse el tiempo preciso para sacarlo y que se hiciera con serenidad la entrada en la fortificacion del puente.

¿Cómo se quedarían las tropas que allí estaban, al presenciar esa especie de descalabro; que los enemigos se acercaban, y que S. E. en vez de quedarse allí á sostenerlas con sus dos brigadas, que eran de lo mejor del ejército, diese órden para que unas siguiesen á México y otras se fueran por Mexicalcingo, Ixtapalapa, y Peñon, á dar vuelta por la garita de San Lázaro, donde no habia nada que temer, ni enemigo que aguardar!

Sin embargo, aquellos valientes no desmayaron, y por diversas ocasiones resistieron los empujes de los americanos; pero despues de dos horas de fuego, de que se encontraron sin parque, porque el que allí les pusieron era de diferente calibre; que los flanquearon breve y fácilmente por el rio, y que S. E. no aparecia con sus batallones y caballería para ayudarlos, tuvieron que rendirse indispensablemente.

Esto es lo que refiero en mi acusacion. ¿Y el Sr. Santa-Anna, qué responde? Se refiere al detall general que tuvo que dar de órden del gobierno en 21 de Noviembre de 847, en donde lacónicamente dice S. E. "que llamándole la atencion las tropas y trenes de San Antonio y de Mexicalcingo, se apresuró á protegerlas en su retirada; que el enemigo rompió el fuego sobre la retaguardia de las tropas de San Antonio, con lo que se desordenaron y abandonaron el material que venia con ellas; que observando el que los americanos iban á posesionarse de la hacienda de los Portales para cortar la retirada, voló S. E. á tomar posesion de aquel edificio, en donde se estuvo hasta haber sabido que se habia rendido el convento de Churubusco, lo que habia producido desaliento en las tropas que defendian el puente, de manera que unas se retiraron con el general Bravo por Mexicalcingo al Peñon y otras vinieron replegándose por el camino recto.

Analizada esta comunicacion, se verá carece tanto de exactitud como de criterio; de modo que parece que S. E. ni vió lo que pasó y ni sabe satisfacer á lo que se le pregunta.

El desórden de las tropas de San Antonio comenzó desde la salida de la hacienda por la violencia con que se le hizo marchar y el sobresalto que se les escitó. No es cierto que sobre su retaguardia rompiesen el fuego los americanos, y que esto produjera el abandono del material. Aquellos venian por dentro del pueblo á caer sobre el convento, y las fuerzas de San Antonio se replegaban por la calzada que está en derechura del Puente. S. E. no dice si estaba ó no en el mismo puente cuando se rompió el fuego ó al tiempo de la accion, y si lo dijera, yo le contestaria que se alucinaba, poniéndole por testigos á todos los soldados que hoy existen en México, y especialmente á los señores generales senador D. Manuel Rincon y D. Pablo María Anaya. La brigada del Sr. Perez no se detuvo en el puente, ni se protege una retirada poniendo á la tropa á la cabeza de los que huyen.

Lo que categóricamente debería responder S. E. es por qué no auxilió con las fuerzas que dice tenia en los Portales y por qué no mandó que el Sr. Bravo ocurriera tambien al socorro; sino que por la inversa previno desde mucho antes que se terminara la accion, que aquellas fuerzas se pusieran en salvo y se fuesen retirando. Estos son hechos que presencié medio México, y su aclaracion está hecha en menos de dos horas.

Es cierto que los de San Patricio y unos piquetes cortos fueron á situarse en la fortificacion del convento, pero todos juntos no llegarían á quinientos hombres, y calcúlese si las fuerzas de Churubusco que no llegaban á mil, podrían resistir el golpe del ejército americano que venia triunfante de Padierna.

Reproduzco, pues, lo que dije en mi acusacion, y si no que se haga una aclaracion judicial.—En compendio, Churubusco se perdió porque no fué socorrido y porque faltó el parque á nuestras tropas, pues los cartuchos en su mayor parte eran de onza y los fusiles de calibre inferior.

ARMISTICIO DE 24 DE AGOSTO.

Hemos llegado, señores, á los sucesos que acontecieron á la vista de todo México hace el poco tiempo de año y nueve meses. Yo escribo en el mismo lugar donde fueron las acciones y estoy seguro que los mas de los que me escuchan han sido testigos presenciales. Seria un descaro el mas punible é inaudito pretender tergiversar la verdad, dándole á los cuadros otros coloridos diversos de los que tuvieron en su origen. Sirva esto para presumir que procedo con sinceridad, y que si en algo me desviare de lo positivo, será un efecto de purísima equivocacion.

Las tropas de Scott se pasaron á continuacion de la desgracia de Churubusco, á ocupar los pueblos de Mixcoac y Tacubaya sin que nadie se los estorbase. Su ejército, como todos mirábamos estaba exhausto de víveres; tenia mucho trabajo para el surtimiento de las reses y granos, y particularmente para el abastecimiento de mas de 6.000 mulas y caballos que por una temeridad verdadera se habian propuesto traer consigo, conduciendo tan desproporcionado número de carros que cuando los veia uno en marcha, recordaba sin querer los ejércitos de los Persas y Asirios, como creo haber dicho al principio de mis ampliaciones.

Asenté en ellas tambien, que la infamia del armisticio consistia en que el enemigo se encontraba imposibilitado para avanzar hostilmente, y aun para sostenerse en su larga y tortuosa línea, que comenzaba desde la hacienda de la Condesa en Tacubaya, y tomando por Mixcoac y San Angel, iba á dar hasta San Agustin distante tres leguas: que tenia que custodiar á 1,500 prisioneros, sin trenes de artillería, 1,100 y tantos carros y su respectiva mulada, y tenia por otra parte que hacerse de los artículos de subsistencia.

Su campo estaba abierto en todas direcciones, sus intermedios eran estensos y accesibles por cualesquiera parte: el número de sus tropas reducido á 7,000

y pico; y no esperaban recursos, pues sus pocos compañeros estaban hasta Puebla y no podían moverse porque el pueblo los acabaría.

¿Qué fué lo que detuvo al Sr. Santa-Anna para tomar la ofensiva, y destruirlos en detail? En vez de esto recibe con complacencia el hipócrita armisticio que el astuto Scott le presentaba, y accede á él inmediatamente, estipulándose *que pudieran salir á procurarse los recursos de boca adonde lo estimaran conveniente.*—Esto era lo que necesitaban, y descansar, arreglando con la fé americana sus ulteriores operaciones.

Por consecuencia del armisticio, tuvieron la osadía de entrar á esta ciudad muchos carros á proveerse de los artículos de primera necesidad y *de los víveres del mercado principal.* ¿Cómo no era posible que el pueblo no se indignara á la vista de unos hombres que detestaba, porque nos hacían la guerra con el fin de robarnos nuestros territorios, que habían talado los campos, saqueado en las poblaciones, muerto á nuestros hermanos, y que por último, venían á habilitarse de provisiones á una ciudad declarada en estado de sitio y que se proponían asediar de todos modos? Se necesitaba no se qué paciencia para tolerarlo, y mucha fué su fortuna de que no hubiesen quedado todos tendidos en las calles y en las plazas.

En la historia se han visto casos de que en algunas plazas sitiadas se ha concedido generosamente que entren ciertos recursos á los moradores de ellas y aun á las tropas y mas cuando el valor y el sufrimiento de éstas ha admirado á los mismos sitiadores. Pero no se me dará un ejemplo de que á éstos se les permita entrar dentro de los muros que estrecha, á sacarse por mayor los comestibles para que á poco tiempo despues hagan falta y tengan que rendirse si no por el acero y el cañon, por la irresistible fuerza del hambre. Esto, señor, es contrario al derecho natural, y tan impolítico, que nunca podrá dorar el Sr. Santa-Anna, aunque mucho se esfuerce para ello.

Mas responde S. E. á fojas 61: que estábamos espuestos á que Sott nos hubiese batido completamente porque los descalabros de Padierna y Churubusco habían introducido el mayor desaliento en nuestras filas, y al armisticio fué debido que en los días 8 y 13 de Setiembre se hubiera combatido valientemente y hacer tanto destrozo al invasor, porque en ese periodo depusieron nuestros soldados el estupor de que estaban sobrecogidos.—Que tambien se le debe al armisticio haberse descubierto las miras ambiciosas del gobierno de los Estados-Unidos, y que nos hacían la guerra porque no se oían sus proposiciones de paz.

Señor, nuestros soldados no tenían ese espanto y sobrecogimiento que se les supone; ellos se batieron con honor la tarde del 19 en Padierna, y la mañana del 20 en Churubusco, sin correr despavoridos al presentarse los invasores. Lo que sí podía suceder era estar fatigada una parte de ellos por tantas vueltas inútiles que les hizo dar S. E.—El 14 de Agosto recorria el Sr.

Valencia á Texcoco, y el 19 se estaba ya batiendo en Contreras: la brigada del Sr. Perez, estuvo en observacion toda la tarde del 19, y el 20 tuvo que ir á dar vuelta hasta por Ixtapalapa para entrar á México. La del Sr. Rangel se hizo salir de la ciudadela y volver á ella inútilmente entre el 19 y 20. Esto no es pelear ni desengañar al soldado de su inferioridad, y sí molestarlo y persuadirlo de que si vencían á sus compañeros, era porque los arrollaba la superioridad numérica del adversario, é infundirles la desconfianza de que así les podía suceder á ellos en lo de adelante.

En estas circunstancias elevé mi acusacion contra el Sr. Santa-Anna: todavía se conservaba la capital; y así es que habiéndome contestado el Diario del Gobierno por S. E., yo le rebatí en 10 de Setiembre, y le dirigí el apóstrofe que atras queda trasladado.

BATALLA DE CHAPULTEPEC.

Toma de la garita de Belen y evacuacion de la capital por el general Santa-Anna.

Hasta el armisticio eran los cargos que hice en mi primitiva acusacion. Ampliándola en Querétaro el 5 de Noviembre, cerca de dos meses despues de nuestra humillacion, me pareció oportuno decir algo de las acciones de Chapultepec, pérdida de México y correrías del general Santa-Anna en Puebla y por Huamantla. S. E. me ha contestado refiriéndose á sus faltas, y por tanto meereo en el caso de hablar algo sobre estos puntos, que todos tienden á una propia idea.

Nuestro ejército, cuando descendieron al valle de México los invasores, debería tener con corta diferencia estas fuerzas.

| | |
|---|-------|
| 1.º Unos ocho mil hombres de infantería que vimos en México iban á la plaza principal en los días festivos á oír misa, celebrándose esta en el balcon principal de Palacio..... | 8000 |
| 2.º Como mil hombres que calculo se quedarían en la Ciudadela, cuarteles y guardia de plaza..... | 1000 |
| 3.º La division del señor general Leon estacionada en Tacubaya tenia sobre 1500 plazas..... | 1500 |
| 4.º Las fuerzas de infantería que trajo del Sur el señor Alvarez segun se nos dijo y vimos, no bajaban de 2500..... | 2500 |
| 5.º La division del Norte al mando del señor Valencia, de 3800 á 4000 hombres..... | 4000 |
| 6.º Toda la caballería reunida, incluso los auxiliares de los pueblos y los surianos del señor Alvarez cuatro mil y quinientos. | 4500 |
| No incluyo en esto la seccion que andaba á las órdenes del señor gobernador del Estado de Mexico. El total de las fuerzas subiría por lo menos á hombres..... | 21500 |

1020002064